

cer que amemos ardentemente á Jesucristo? ¿Qué amor tan singular no nos testifica en el momento de su encarnacion? ¡qué ternura en el día de su nacimiento! ¡qué bondad en todo el curso de su vida mortal! ¡y qué exceso de amor inmolándose por nosotros en la cruz! pero todas estas pruebas admirables de su amor, ¿no se encuentran renovadas y como reunidas en la Eucaristía? Jesucristo se dis raza en ella bajo de las apariencias de pan; allí renace, por decirlo así, en la oscuridad; allí es inmolado y ofrecido muchas veces al día en sacrificio. Todo esto no es ya para rescatar á los hombres; está ya plenamente cumplido el misterio de la redencion; el Redentor posee una gloria llena é incapaz de acrecentamiento; no vive, pues, en la Eucaristía de un modo tan inefable, sino para satisfacer el amor inmenso que nos tiene; ¿y qué otro fruto puede sacar de esta muerte sacramental, que el placer de inmolarse él mismo sin cesar á su Padre por nuestro amor? Si á lo menos hubiese comparecido en nuestros altares con aquel aire de majestad y con aquel esplendor tan conveniente á su adorable persona, si se hubiese disfrazado menos, seria mas respetado, es verdad, pero seria tambien mas temido, y su amor no se acomoda con un temor que espanta. Todo lo que puede disminuir ó debilitar la solicitud y la confianza es contrario á un amor grande. El Salvador divino tiene sus delicias en estar con los hombres; oculta todo lo que puede servirles de razon ó de pretesto para alejarse de él. Los príncipes de la tierra no derraman sus liberalidades mas que en ciertos tiempos y sobre ciertas personas; Jesucristo en el Santísimo Sacramento lo da todo, en todo tiempo y á todos. Venid todos á mi los que estais trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré. ¿Podia presentarnos un motivo que mas nos interesase? basta ser pobre, estar afligido, para tener derecho de beber en esta fuente de todo bien. La miseria y la adversidad son para nosotros un nuevo motivo de confianza, y con tal que no opongamos obstáculo á ella podemos estar seguros de ser bien recibidos. En fin, despues de habernos dado todos los bienes de que él es la fuente, este divino Salvador dándose á sí mismo en este Sacramento para nuestra comida, nos da en ella el manantial de todos los bienes. He aquí uno de los principales artículos de nuestra fe; esto es lo que creemos: ¿quién no diria despues de esto que nuestro respeto, nuestras ansias, nuestra hambre, nuestro amor á este divino Salvador iban á ser sin medida, sin límite? ¡Ah! sucede todo lo contrario: parece que hubiéramos amado mas á Jesucristo, si él nos hubiera amado menos. He aquí un misterio tan incomprensible como la misma Eucaristía.

PUNTO SEGUNDO. — Considera si es posible amar menos á Jesucristo y respetarle menos que lo que hacen la mayor parte de los cristianos con este augusto Sacramento. Sin traer aquí á la memoria todas las profanaciones, todos los malos tratamientos, todas las impiedades, todos los desacatos de un furor diabólico y sacrilego que ha sufrido de los herejes, cuya idea solo causa horror; ¿de qué modo tan indigno no es tratado aun todos los días por la mayor parte de los que se llaman fieles? ¡Qué indiferencia, qué olvido de este divino Salvador! Todas las reuniones, todas las plazas del pueblo, todos los juegos públicos y los sitios de los espectáculos no se vacian; y Jesucristo ¿tiene mucha concurrencia todos los días y á todas las horas del día en nuestras iglesias donde reside noche y día? ¡Qué soledad, buen Dios, en vuestro palacio cuasi todo el día! y si se concurre allí en ciertos días, ¡qué falta de respeto! ¡qué irreverencias! Estáse allí sin atención, sin modestia, sin devocion, y podria decirse aun de muchos, sin religion. Esos ademanes mundanos, esas posturas afeinadas, y muchas veces indecentes, esas conversaciones profanas, y acaso hasta escandalosas, ¿indican una gran fe, un amor grande? Al ver en nuestras iglesias esos jóvenes libertinos y esas mujeres mundanas, ¿se dirá que creen que Jesucristo está allí presente; que vienen allí para pedir á su Dios, y para implorar su misericordia? ¿no se dirá mas bien que su presencia escandalosa en aquel lugar es solo para insultar á su Dios? A la verdad, por poca fe que uno tenga, ¿puede mirar sin estremecerse la irreligion con que se presentan en nuestros templos? ¿se trata de rendir un culto respetuoso al Dios que está en nuestros altares con un comportamiento tan irreligioso en su presencia? En el concepto de tantos libertinos ¿pasa Jesucristo por su Redentor, por el supremo Señor del universo, por su soberano Juez? ¿no se creará mas bien que ellos no le miran sobre nuestros altares sino como un fantasma de divinidad, y como un rey de teatro? Jesucristo en nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de un monton de jóvenes indevotos y de mujeres poco cristianas, como en otro tiempo lo estaba de una tropa insolente de judios, que le cargaban de injurias y de salivas; ¿sufre el día de hoy menos oprobios que entonces? ¿es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿qué otro nombre debe darse á las irreverencias que en él se cometen? ¿qué padre por poco zeloso que fuese de su autoridad sufriria que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como se ve á sangre fria que se hace á la presencia de Jesucristo? ¿qué amo sufriria de un criado lo que Jesucristo sufre

de la mayor parte de los fieles? Hácese callar á un niño cuando grita ó llora en la casa de una persona decente á quien se hace visita; y en el día de hoy, desde sus primeros años se les acostumbra, por decirlo así, por una indulgencia criminal á estar con inmodestia en las iglesias desde luego que pueden ir á ellas. ¡Cosa estraña! la presencia de un idolo inspiraba á los paganos un respeto y un recato que llegaba á ser supersticion. Cualquiera postura menos decente, una palabra dicha por ligereza, una risa involuntaria era un crimen imperdonable: no les era permitido sentarse; todo escitaba al respeto. ¿Será posible, buen Dios, que los paganos nos den lecciones en materia de religion, y que su moderacion supersticiosa enseñe su obligacion á los fieles? ¿puede ir mas léjos la ingratitud á un beneficio tan grande? ¿será creible semejante ingratitud en un cristiano?

Yo me lamento, Señor, con tanto mas dolor, cuanto que yo mismo me reconozco sobradamente culpable de esta impiedad. Mas yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar en lo que me queda de vida mi conducta pasada, y que mi reconocimiento, mi amor y mi respeto serán en lo sucesivo una prueba visible de mi fe.

JACULATORIAS. — ¿Hasta cuando, Dios mio, sufrireis que vuestros hijos os ultrajen, aun mas que vuestros enemigos? (*Psalm. 73.*)

¡Qué culto tan santo y tan respetuoso no se os debe, Señor, en vuestra propia casa y en vuestra presencia! (*Psalm. 92.*)

PROPOSITOS.

1 Créese que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía; créese que nuestras iglesias son el santuario de la divinidad; míranse nuestros altares como el trono del Dios vivo; y ¿solo se ve un tedio criminal por este pan divino? ¿y se falta al respeto en el lugar santo? ¿y todos los dias se cometen cien irreverencias en nuestras iglesias, y todo esto se hace por cristianos que están prontos, dicen ellos, á derramar su sangre por la fe de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía? He aquí lo que no se puede comprender; he aquí lo que nos daría vergüenza de imaginar y creer, si nuestra propia esperiencia, si nuestros ojos no nos presentasen todos los dias tales monstruos de irreligion. Penetrados de un vivo dolor por la memoria de vuestra indevotion y de vuestras irreverencias, igualmente que de las de los demás, no concluyais esta octava sin ofrecer á Jesu-

cristo una reparacion por tantas indignidades. Comulgad hoy para reparar por medio de una piedad tierna y de un nuevo fervor tantas comuniones frias, sin fruto y sacrilegas. Pasad ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que pudiereis. Asistid á la procesion con espíritu de penitencia, y con el fin de dar una pública satisfaccion á Jesucristo por tantas profanaciones como se hacen de la adorable Eucaristía; este es uno de los principales motivos que ha tenido la Iglesia para instituir esta célebre y augusta solemnidad.

2 Haced hoy la reparacion pública siguiente delante del Santísimo Sacramento, y cuando la reciteis procurad que el corazon tenga mas parte en ella que la lengua.

O Jesus, mi Dios y mi Salvador, que por un exceso del mas ardiente y del mas prodigioso de todos los amores os habeis constituido en estado de victima en la adorable Eucaristía, en donde os ofreceis por nosotros en sacrificio á vuestro Padre un millon de veces cada dia; ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos en este estado, no encontrando por tanta fineza en el corazon de la mayor parte de los hombres mas que dureza, frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No era bastante, Salvador mio, haber emprendido un camino tan duro para salvarnos, aun cuando hubierais podido testificarnos á mucho menos costa un amor excesivo? ¿No bastaba haberos abandonado una vez á la insolencia desenfrenada, á la bárbara impiedad, á la crueldad inaudita de los judios? ¿Por qué esponeros aun todos los dias en el sacramento de la Eucaristía á todos los improperios, á todos los ultrajes, á todas las sacrilegas profanaciones de que podia ser capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah, mi amable Salvador! ¿De qué sentimientos debe estar poseido vuestro divino corazon á vista de tantos sacrilegios, de tantos ultrajes y profanaciones!

Penetrado de un vivo dolor y de un extremo sentimiento por todos estos vilipendios, vedme aquí postrado y anonadado delante de vos para daros una pública satisfaccion á la vista del cielo y de la tierra por todas las irreverencias, desprecios y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros altares desde la institucion de este adorable Sacramento. Con un corazon humillado y despedazado de dolor os pido mil y mil veces perdon de todas estas injurias. ¡Que no pueda yo, ó Dios mio, regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado cuerpo ha sido tan horriblemente ultrajado, y recibidas con un desprecio tan estraño las señales de vuestro amor! ¡que no pueda yo con algun nuevo género de homenaje, de humilla-

cion y de anonadamiento reparar tantas sacrílegas profanaciones! ¡que no pueda por algunos momentos ser dueño del corazón de todos los hombres para reparar en alguna manera con el sacrificio que os haría de ellos el olvido y la insensibilidad de todos los que no han querido conoceros, ó que habiéndoos conocido os han amado tan poco, y con tanto ultraje os han despreciado!

Pero ¡ó divino Salvador mio! lo que me cubre todavía mas de confusion, lo que mas debe hacerme gemir es que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mio: vos que veis el fondo de mi corazón, sabéis el arrepentimiento que tengo de mis ingratitudes, y el sentimiento que me aflige por haberos tratado tan indignamente. Vos sabéis la disposición en que estoy de sufrirlo todo, y de hacer cuanto esté de mi parte para repararlas. Vedme aquí, Señor, con el corazón contrito y humillado, postrado á vuestros pies, pronto á recibir de vuestra mano cuanto os agradare exigir de mi para la reparacion de tantos ultrajes. Castigadme, Señor, castigadme, yo bendeciré cien veces, yo besaré la mano que ejerciere tan justo castigo sobre mi. ¡Que no sea yo una víctima á propósito para reparar tantas injurias, y para indemnizaros en algun modo de tantos sacrílegos desprecios! Por lo menos ¡ó Dios mio! dignaos recibir esta reparacion pública que yo hago en union de la que vos hicisteis á vuestro Padre sobre el Calvario, y de la que vuestra divina Madre os hizo al pié de vuestra cruz. Perdonadme tantos vilipendios, tantas irreverencias cometidas en vuestra presencia en el sacramento de la Eucaristía; y haced eficaz por vuestra gracia el vivo y ardiente deseo que tengo y la resolucion en que estoy de no omitir nada en el resto de mis dias para amaros con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y de ofreceros todo el respeto y todo el culto que os es debido en el Santísimo Sacramento. Amen.

Es una práctica piadosa, muy santa y muy útil, el hacer esta reparacion todos los jueves ó todos los viernes del año delante del Santísimo Sacramento.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO CUARTO.

	PAG.
Domingo de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, ó sea domingo de Pascua, y su historia.	5
Secuencia <i>Victimæ Paschali</i> etc.	21
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de la Resurreccion.	23
Lunes de Pascua y su historia.	26
El Evangelio y Meditacion: Sobre la resurreccion espiritual.	40
Martes de Pascua y su historia.	43
El Evangelio y Meditacion: De las señales de la verdadera resurreccion espiritual.	53
Domingo de Cuasimodó y su historia.	56
Himno <i>Ad regias Agni</i> etc.	63
El Evangelio y Meditacion: De la Fe.	68
Domingo segundo despues de Pascua y su historia.	72
El Evangelio y Meditacion: De la misericordia de Dios con los pecadores.	80
Domingo tercero despues de Pascua y su historia.	83
El Evangelio y Meditacion: Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazón de los buenos.	93
El Patrocinio de san José, cuya festividad se celebra en la dominica III despues de Pascua.	97
El Evangelio y Meditacion: Sobre la vanidad del favor humano.	109
Domingo cuarto despues de Pascua y su historia.	113
El Evangelio y Meditacion: Del mundo.	125
Domingo quinto despues de Pascua y su historia.	128
El Evangelio y Meditacion: De la confianza en Dios.	137
Las Rogaciones y su historia.	141
El Evangelio y Meditacion: De la Oracion.	153
La Ascension de nuestro Señor Jesucristo y su historia.	157
Himno <i>Salutis humanæ</i> etc.	168
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del día.	173
Domingo despues de la Ascension y su historia.	177
El Evangelio y Meditacion: De las contradicciones y pruebas á que están espuestos los buenos.	186
Domingo de Pentecostes y su historia.	189
Himno <i>Veni, Creator</i> etc.	201
Secuencia <i>Veni, Sancte Spiritus</i> , etc.	205